News
Q&As



La Hna. Elite Mattappillil con los residentes de Angel Home, adscrito a Asha Bhavan (Casa de la Esperanza) en Changanacherry, una localidad del estado de Kerala, en el suroeste de la India. (Foto: cortesía Elite Mattappillil)



Sr. Lissy Maruthanakuzhy

View Author Profile



Traducido por Carmen Notario

View Author Profile

Join the Conversation

New Delhi, India — September 24, 2026

Share on BlueskyShare on FacebookShare on TwitterEmail to a friendPrint

La hermana Elite Mattappillil, de la Congregación de la Madre del Carmelo, lleva más de cinco décadas al servicio de las personas con discapacidad intelectual.

Nacida en el distrito de Kottayam, en Kerala, India, durante sus años escolares destacó en las artes, los deportes y las actividades sociales, y nadie esperaba que ingresara en un convento. Sin embargo, una hermana clarista compartió con ella su historia vocacional, lo que la conmovió. Mattappillil se dijo a sí misma: "Si ella puede hacerse hermana, ¿por qué no yo?".

En 1969 Mattappillil se incorporó a su congregación como candidata y comenzó su ministerio en Changanacherry, en 1973, cuando tenía 22 años, Tras recibir formación especializada en la India y en Estados Unidos, esta religiosa, que ahora tiene 75 años, ha fundado tres colegios en la arquidiócesis de Changanacherry, en el estado de Kerala, al suroeste de la India, y otros tres en la diócesis de Tzaneen, en Sudáfrica.

En abril de este año fue galardonada con el premio al mejor logro otorgado por la Asociación de Centros Católicos de Rehabilitación de la India.

Actualmente dirige un centro para mujeres con discapacidad intelectual en Changanacherry.

Mattappillil habló con *Global Sisters Report* (*GSR*) sobre su vida y su misión.

> La Hna. Elite Mattappillil, de la Congregación de la Madre del Carmelo, lleva más de 50 años al servicio de personas con discapacidad intelectual en #India y #Sudáfrica. #HermanasCatólicas #GSRenEspañol
>
> Tweet this

***GSR:* ¿Por qué se dedicó a la misión con personas con discapacidad intelectual?**

Mattappillil: Tras mi primera profesión, en 1972, estaba muy ilusionada por ir a las misiones. Fue entonces cuando la arquidiócesis de Changanacherry decidió abrir una escuela especial para "niños con discapacidad intelectual", a petición de sus padres.

Mis superioras me pidieron que asumiera la nueva misión, pero me advirtieron de los sacrificios y retos que conllevaba.

La arquidiócesis seleccionó a una hermana de otras dos congregaciones diferentes para la escuela y nos envió a un curso de formación de un año en Bengaluru, la capital de Karnataka, el estado vecino al norte de Kerala.

¿Estaba lista la escuela cuando regresaste tras la formación?

No. La construcción se retrasó por falta de fondos. Al ver el anuncio de la arquidiócesis sobre la escuela, muchos padres acudieron para matricular a sus hijos. Así que me pidieron que pusiera en marcha la escuela con cinco niños en una sala de nuestro convento. Las otras dos hermanas se unieron a mí más adelante. Llamamos a la escuela Asha Bhavan (Casa de la Esperanza). Un año después, contábamos con casi 100 alumnos y nos trasladamos al edificio que aún estaba en construcción. El edificio se terminó en 1985.

Durante los siguientes 25 años presté servicio en la escuela como directora, administradora y secretaria.

¿Hubo algún acontecimiento memorable durante los primeros tiempos?

Muchos alumnos eran internos. Una vez, una niña se puso enferma y la llevé al hospital. La tumbé en la camilla del médico en la consulta y le supliqué que la salvara. Mi gesto sorprendió al médico, y me dijo que le llevara a mis niños

enfermos directamente a él sin esperar en la cola.

¿Podría explicar el proceso de admisión en la escuela?

Admitimos a niños de cuatro años que presentan retrasos en el desarrollo. También evaluamos su capacidad para valerse por sí mismos. Algunos padres enseñan a sus hijos desde muy pequeños a cepillarse los dientes y a usar el baño correctamente. Otros lo hacen todo por ellos, lo que los convierte en personas totalmente dependientes. Cuando esos padres envejecen o enferman, traen a sus hijos a nuestra escuela.

Hay padres que se enfadan y se irritan con sus hijos. Tenemos que formarles a ellos junto con sus hijos. Les decimos a esos padres que controlen su irritación y su enfado y que no obliguen a sus hijos.

Formamos a los alumnos con capacidades casi funcionales para que se conviertan en miembros productivos de la sociedad. También les enseñamos a ayudar a otros niños. Hemos contratado a algunos niños que han cumplido 18 años en nuestro convento. También les enviamos a tiendas o fábricas para que se ganen la vida.

¿Tiene la escuela un plan de estudios especial?

Sí, el plan de estudios lo elabora el Gobierno. Las clases se clasifican en grupos de cuidado (con graves dificultades de aprendizaje), preescolar y primaria. El nivel secundario incluye formación preprofesional y profesional. Les enseñamos artesanía y cómo fabricar vasos y platos desechables. También se les enseña a cultivar hortalizas ecológicas y a cuidar de aves de corral y ganado.

Hasta ahora, más de 1500 niños han pasado por nuestra escuela. Intentamos descubrir y fomentar sus talentos y capacidades. Cuanto más pequeños son, más fácil resulta formarlos.

¿Algún motivo de pesar o de alegría?

Nos alegra que los niños traigan medallas de eventos deportivos internacionales como las Olimpiadas Especiales. Por desgracia, el Gobierno y la sociedad no reconocen su éxito.

Nosotros, los educadores, no recibimos aceptación, ánimo ni prestaciones de la sociedad y del Gobierno como los profesores de una escuela normal. Nuestro sueldo

es bajo y no tenemos pensión. Tenemos que luchar por nuestros derechos.

Sin embargo, estamos encantadas de que diez jóvenes que trabajaban como personal en Asha Bhavan se hayan unido a nuestra congregación.

¿Por qué fuiste a Sudáfrica?

El obispo de Tzaneen visitó nuestra escuela cuando vino a nuestra arquidiócesis. Entonces pidió a nuestro arzobispo y a mi provincial que enviáramos hermanas para abrir una escuela similar en su diócesis. Me ofrecí voluntaria para ir.

Mi provincial me dijo que el obispo se encargaría de todo lo necesario para poner en marcha la escuela.

Sin embargo, cuando llegué a Tzaneen con otras dos hermanas, la diócesis nos pidió que visitáramos los pueblos y discerniéramos las necesidades de la gente. En la India, los obispos y los párrocos se encargaban de todo para que pudiéramos poner en marcha un nuevo centro.

El párroco nos llevaba en coche a una aldea mientras él se dirigía a otra. Al cabo de un mes, el obispo nos dio un coche y nos sugirió que aprendiéramos el idioma local para entender a la gente. Visitamos 13 aldeas en una sola parroquia. La gente no estaba acostumbrada a las hermanas y no se mostraba muy entusiasmada con nuestra presencia. El párroco, un belga, nos dijo que superáramos nuestro choque cultural.

La gente nos preguntaba si habíamos venido a ganar dinero y a marcharnos. El párroco les convenció de que habíamos venido a educarlos.

Al cabo de seis meses, pusimos en marcha una escuela. Durante nuestras visitas a las familias, encontramos a muchos niños con discapacidad. Tuvimos que convencer a los padres de que los educaran.

Pusimos en marcha una escuela en una casa que nos proporcionó el párroco. Pronto, gente de otras aldeas nos pidió que abriéramos escuelas similares.

Una vez, una mujer del municipio me pidió que abriera una escuela, y la ayudé. Pero estuve mucho tiempo sin verla, así que fui a buscarla y encontré una escuela con muchos niños. Ella nunca se había molestado en decírnoslo.

Me dolía que la gente no reconociera nuestro amor por ellos. Sin embargo, abrí tres escuelas durante los diez años que pasé allí. Regresé a la India en 2007.

¿Por qué abrió un hogar para mujeres adultas a su regreso?

A muchas familias de Kerala les resulta difícil arreglárselas cuando les enviamos a sus hijos una vez que cumplen los 18 años. Muchos padres me pidieron que abriera un hogar para adultos con discapacidad intelectual. Así que abrí el Angel Home para esas mujeres. Las mantengo ocupadas con la cocina, los juegos, las oraciones y la jardinería. Me llaman *amma* (madre).

¿Cómo te sientes al recibir premios por tu labor?

Hasta ahora he recibido diez premios. Mi primer premio fue en el año 2000, cuando la arquidiócesis de Changanacherry reconoció mi labor durante las celebraciones del día diocesano. En abril de este año, la Asociación de Centros Católicos de Rehabilitación me galardonó por mi servicio extraordinario durante su convención nacional. Considero los premios como un reconocimiento a mi servicio a los más pobres entre los pobres.

¿Qué les dirías a las hermanas más jóvenes que quieren unirse a esta misión?

En primer lugar, tenemos que amarlos como hijos especiales de Dios. Lo único que quieren de nosotras es amor. Dios nos da la fuerza y la gracia suficientes para servir a estos niños.

Nota: *Este artículo fue publicado originalmente en inglés el 4 de agosto de 2026.*

Advertisement